platonismo, á la escuela clásica ó de pensadores literatos, representada entre nosotros por Fernán Núñez, Pérez de Oliva, Sánchez de las Brozas y otros semejantes; aunque en realidad á ninguna debiera llevársele, porque siguió ese método por fines prácticos de indudable utilidad, y no por espíritu de escuela. Escribiendo para el pueblo, creyó que el diálogo y el romance serían los métodos más aptos para hacerle comprender las verdades religiosas; pero sentía de otro modo al dirigirse á personas ilustradas, como lo demostró prácticamente redactando sus lecturas teológicas con lenguaje, estilo y método escolásticos (1).

No juzgamos lo mismo del otro lazo de unión entre Fr. Luis y la Academia, fundado en la reproducción que hace el primero de varias opiniones platónicas, aunque no en todas tiene igual valor. Hay opiniones platónicas que Fr. Luis expone y no admite; y claro es que éstas más le separan que le unen á Platón. Las hay que expone y aprueba, pero que no pasan de conceptos aislados, de escasa ó ninguna trascendencia; y que por lo mismo dicen algo más, pero dicen muy poco. Y las hay en fin, que en sí son de alguna trascendencia y que significarían influjo real y nada despreciable, si no hubieran perdido su primer origen para ser adoptivamente hijas de diferentes escuelas. Fr. Luis no admite el sentir atribuido á Platón de que los sucesos se renueven por períodos, de modo que ciertos siglos futuros sean puro remedo de otros pasados, y mira con prevención cierta teoría platónica de que le parece seguirse algún error religioso (2). Invoca el

(1) Tales son las lecturas: *De Incarnatione* y *De Fide*.
(2) *In Ecclesiastem*, cap. I, vers. 9.° "Sic, enim Proclus scribit: "Νουμενιος τρεῖς ἅμα μνμνήσας θεους πατέρα μεν καλεῖ τον

nombre de Platón para afirmar que el Rey debe ser *padre* y *pastor* de sus súbditos, nó tirano, como también para demostrar los inconvenientes que se siguen de regir los pueblos por leyes escritas; pero de que le parezcan bien esos conceptos aislados no puede deducirse que sus ideas políticas se identifiquen con las de Platón, sabiendo que ordinariamente explana, unas veces citándole y otras sin citarle, teorías económicas del Aristóteles de la Escuela (1). Si bien más transcendentales, ni dejan de ser opiniones aisladas, ni tienen la significación que se les atribuye, los conceptos de origen platónico que, prohijados por distintas escuelas cita el M. León, una vez que han perdido su carácter originario. Como ejemplo de este caso último, la existencia de las cosas según sus ideas y tipos en Dios y otros conceptos parecidos, como el de que el sér de las criaturas no es verdadero sér, es decir, absoluto y perfecto, platónicos en su origen, han sido adoptados por la Escuela, á cuyo nombre, nó en el de Platón, los han reproducido y comentado la mayor parte de nuestros filósofos, que los han aducido. Fr. Luis expone el primero como lo exponen en su mayor parte los escolásticos; y escolástico y místi-

πρωτον, ποιητην δέ τον δεύτερον, ποιημα δέ τον τριτον; id est: Numenius, tres deos inducens ac memorans, primum illorum patrem vocat ac secundum opificem, tertium vero ipsum opificium. Ab hac igitur doctrina, ab his fontibus, Arrius suum illum errorem hausit, quo diu Ecclesiam vexabit." —*Quæstiones variæ*, cuest. II, (Ms.). Véase también: *De Incarnat.*, dist. III, cuest. II.

(1) *Los Nomb.*, nombres de *Pastor* y *Rey*. Conceptos de escasa transcendencia son también los de que el dolor y el deleite mutuamente se integran, y la ignorancia es un bien para la voluntad viciosa, citados por Fr. Luis á nombre de Platón: *Ad Thessalonic.*, cap. I, vers. 7.—*Nombres*, nombre de *Príncipe de Paz*.

co, no platónico, es en la reproducción de los demás á que ahora nos referimos (1). Pero hay otras opiniones que, á la vez que de indudable trascendencia, conservan más puro su origen, ya que no exento de toda ambigüedad; y á este propósito, la idea de unidad y alguna otra podrían enlazar inmediatamente el nombre de Fr. Luis con la escuela platónica; aunque más bien por la frecuencia con que desenvuelve estas ideas, que porque en su aplicación á casos particulares, se muestre ajeno al modo de pensar de Aristóteles. Cabalmente, el principal texto citado en prueba del platonismo de las ideas de Fr. Luis acerca de la unidad, es, á nuestro juicio, simple exposición, admirablemente hecha, de un profundo pensamiento del Estagirita, reproducido y expuesto también por el Angel de las Escuelas (2). Nada hay en los demás conceptos particulares á que trae Fr. Luis la idea de unidad, que no aprobase el discípulo más escrupuloso de la Escuela; la unidad estrecha del mundo, reduciendo las varie-

(1) Véase el cap. III.

(2) "Porque se ha de entender, escribe Fr. Luis, que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una dellas tenga en sí á todas las otras, y en que, siendo una, sea todas, quanto les fuere posible....."—*Obras*. tom. III, pág. 17; "..... in Deo (se lee en Santo Tomás), perfectissime est scientia. Ad cujus evidentiam considerandum est, quod cognoscentia á non cognoscentibus in hoc distinguuntur: quia non cognoscentia nihil habent nisi formam suam tantum, sed cognoscens natum est habere formam etiam rei alterius; nam species cogniti est in cognoscente. Unde manifestum est quod natura rei non cognoscentis est magis coarctata et limitata. Natura autem rerum cognoscentium habet majorem amplitudinem et extensionem. Propter quod dicit philosophus—3. de anima—quod anima est quodammodo omnia....."—*Sum. Theol.*, part. I, quæst. XIV, art. I, resp.

dades que á nuestra vista se ofrecen; la unidad como conjunto de propiedades y de seres, entrando á formar el primer elemento de la perfección humana; la unidad, en fin, dando su única base estable al amor, son ideas que se hallan clarísimamente expuestas en los doctores escolásticos, aunque no con el encarecimiento que en la escuela platónica; y Fr. Luis, si alguna vez invocó la autoridad de ésta (1), deja ver palpablemente en otras ocasiones haber tenido presente el sentir de aquéllos, dando por un concepto común, como en realidad lo era, el de que el amor es ó supone unidad, en cuanto estrecha al amante con el amado (2). Hasta la afirmación de algunos platónicos, de que la división es un mal, bien depurada, tendría también antecedentes entre los escolásticos, si bien algunos hallaban reparos en ella; y de todos modos, Fr. Luis al pronunciarla, más bien que de la escuela platónica se acordaba de la sentencia evangélica, de que la división y la discordia son causas eficacísimas de la disolución de un reino. Otro tanto que de estas ideas sobre la unidad, decimos de los conceptos de Fr. Luis sobre la creación del mundo y redención del hombre, puntos donde ha querido establecerse relaciones de filiación entre Fr. Luis y la Academia: á nadie que conozca medianamente las ideas de nuestros teólogos sobre esos puntos, se le ocurrirá suponer que Fray Luis se formara las suyas con la lectura del *Timeo*,

(1) *Obras*, tom. V, pág. 377, si es de Fr. Luis el escrito á que nos referimos.

(2) Así, dice por uno de los interlocutores de los *Nombres de Cristo:* "Muchas veces habréis oido decir, Sabino, respondió Juliano, que el amor consiste en una cierta unidad. Sí he, dixo Sabino, oído y leído que es unión el amor, y que es unidad, y que es como un lazo estrecho entre los que juntamente se aman....."—*Obras*, tom. III, pág. 393.

BIBLIOTECA CENTRAL

ni al señalar como causa de la creación la bondad divina, de suyo comunicativa, ni al ver en el Verbo un lazo de unión entre lo creado y lo increado, ni al decir que Cristo se reproduce y figura mediante la gracia en los fieles; porque son, ó pensamientos comunes en las escuelas teológicas ú observaciones obviamente deducidas del dogma cristiano sobre la creación del mundo y la reparación del hombre por Cristo.

Como resultado de las observaciones precedentes, deducimos que hay en Fr. Luis influjo real y verdadero de la doctrina platónica; aunque reducido á menores proporciones que las que le dan algunos, y de todos modos muy distante de sobreponerse á los demás hasta el punto de llevar á la Academia el nombre de nuestro sabio. Cuando se dé alguna significación al aprecio que Fr. Luis hacía de la doctrina platónica, y se estime en algo á este propósito la elevación del pensamiento, y se mire como pura y real la procedencia platónica de las ideas de Fr. Luis arriba indicadas; siempre resultará que el lazo de unión se halla en escasos puntos, y esos por lo común de trascendencia secundaria y no fundamental. El mismo aprecio, las mismas tendencias, la misma reproducción de ideas platónicas se advierte en Suárez, Vázquez, Ponce de León y otros escolásticos, sin que esto destruya su filiación en la antigua filosofía. La idea de lo *uno* no es aquí de tal importancia que pueda servir de fundamento á la división y clasificación de escuelas, y nunca pasará de un concepto feliz, de más ó ménos trascendencia, que como el, también platónico en su origen, de *hallarse Dios sobre el sér*, que aprobaba ó miraba con ojos benévolos Suárez, no basta para determinar la dirección del modo de pensar de un autor. Fuera de que los buenos escolásticos nunca se ataron al sen-

tir de Aristóteles, de tal modo que condenasen cuanto no fuera él: desde Santo Tomás hasta los días del Renacimiento la Escuela miró á Platón sin prevenciones, y reprodujo sus doctrinas, con el interés que permitían los tiempos, si bien posponiéndole siempre á su Aristóteles; y posteriormente, á proporción que disminuían los ciegos amantes de la filosofía tradicional degenerada, creció en ella la estimación de la doctrina platónica.

Aún se muestra mayor empeño en estrechar con amistosas relaciones los nombres de Fr. Luis y Lulio: empeño no nuevo, pero renovado hoy por ilustres escritores, de quienes con pena nuestra hemos de disentir (1). Pónense hoy en boca del insigne Agustino elogios de Lulio que los discípulos de éste han aducido como muestra del prestigio que alcanzara su tan traído y llevado maestro en el ánimo de los sabios más insignes (2); y señálanse especiales caracteres que puedan servir de lazo común entre el filósofo mallorquín y el insigne profesor de Salamanca. Mas, á nuestro modo de ver, ni uno ni otro puede tener la extremada significación que quiere darse á todo ello. Por lo que hace á los elogios, que no nos resolvemos á admitir ni desechar en absoluto, aunque sí advertiremos que, por lo desusados, pare-

(1) Laverde, *Ensayos críticos*, pág. 338 (Lugo, 1868)—Menéndez Pelayo, *La Ciencia española*, páginas 157 y 234. (Madrid, 1879). — *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo I, lib. III, cap. V, n. I, pág. 519.

(2) Atribúyese á Fr. Luis el dicho, casi inverosímil, de que Raimundo Lulio es uno de los tres sabios mayores que han existido hasta ahora en la tierra. Salzinger, Custurer, Fornes, y otros lulianos le han ido reproduciendo, remitiéndose á Suárez de Figueroa. Véase la obra de Fornes, *Liber apologeticus Artis Magnæ Raymundi Lullii.....*, prólogo 2.º, ó de apéndice (appendicialis) al 1.º, n. 40 y sigtes. (Salmanticæ, 1746).

cen impropios de un carácter tan severo y tan poco amigo de alabar á nadie más de lo justo, como el del maestro León, creemos que no significan sino la singular estima que podrían haberse conquistado en el ánimo de este sabio las dotes extraordinarias y vida agitadísima del solitario de Randa, ayudadas del prestigio de éste en cierta escuela á que diera Fr. Luis más de una prueba de afecto y adhesión (1). Lo trascendental y profundo del pensamiento del *Doctor iluminado*, su religioso espíritu y tendencias verdaderamente cristianas son bien dignos de admiración, en medio de los extravíos que hayan podido afearlos; y no extrañaríamos que Fr. Luis la hubiera manifestado en términos que han podido después exagerarse, pero guardándose muy bien de expresar más que simpatías generales y aquella benevolencia con que miró alguna vez el sentir de Escoto y doctrinas de la escuela franciscana. No creemos que nadie pueda tildar de aventurada la distinción entre el elogio nacido del entusiasmo por las grandes

(1) El P. Feijóo en su controversia con el P. Fornes negó primero que el elogio exagerado de Lulio que se pone en boca de Fr. Luis fuese cierto, fundado así en la gravedad de carácter del M. León como en no haber podido verificar la cita que Salzinger y otros lulistas hacían de la *Plaza universal de todas ciencias* del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, que parece haber sido el primero en referir el elogio; y después se retractó en parte dando por cierto ó á lo menos, prescindiendo de la fidelidad de la cita. En la edición de la *Plaza universal de todas ciencias*, que hemos tenido á la vista—Madrid, MDCCXXXIII—no hemos podido hallar dicho elogio por las indicaciones de Fornes. Creemos que en esta edición se modificó bastante la obra, y es posible que se invirtiera el orden de sus tratados; pero nos falta tiempo que perder en la lectura de las 676 páginas en folio que llena el libro del Dr. Suárez de Figueroa, para verificar una cita que puede pasar por de interés escaso.

prendas naturales de un hombre, y la adhesión de escuela, hija de la creencia en la verdad de una doctrina; ó á lo menos, habrá de confesarse que el ejemplo de Fr. Luis no sería ni el primero, ni el único. A cada paso vémonos precisados á pagar el tributo de nuestra admiración á ingenios verdaderamente grandes, á quienes no sólo no seguimos, mas nos compadecemos de ver sumidos en detestables errores. Aun respecto del mismo Lulio, no faltaron contemporáneos de Fr. Luis, que si no tan calurosamente, le elogiaron, aunque por otro lado no sólo no le siguieran sino que le impugnaran (1).

Pero dejando aparte un hecho de que, por lo oscuro, no puede deducirse prueba alguna cierta en favor ó en contra de la filiación de Fr. Luis en la escuela luliana, veamos si puede decirnos algo más el estudio comparativo de los caracteres que se dicen comunes al *Doctor iluminado* y al maestro León. Prescindiendo de otros que, por particulares é insignificantes, no pueden tener la representación que para el caso se necesita, cuatro son los distintivos principales de la doctrina luliana, en que ha de buscarse el enlace y comunidad de pensar entre Fray Luis y el *Doctor iluminado* (2). El pensamiento del solitario de Randa se distingue especialmente por su espíritu unitario y por su perpetua tendencia á la combinación: sus obras todas obedecen á este espíritu y tendencias, que concurren á formar el primer carácter de la doctrina lulista, y de ellos procede la insistencia con que unos han querido

(1) Vázquez, por ejemplo: *In* I. *D. Thomæ*, disputat. CXXXIII, cap. 3.

(2) El Sr. Menéndez Pelayo señala dos distintivos de la doctrina luliana: ser *popular y armónica.—Heterodoxos españ.*, tom. I, pág. 518.

BIBLIOTECA CENTRAL

llevar á la escuela platónica y traer otros al moderno panteismo el nombre del beato mallorquín. Después de éste, si no el más propio, es el distintivo más general de la doctrina luliana, el de sus tendencias místicas, manifiestas en todo su sistema, como puesto enteramente al servicio de la fe y de la piedad; pero especialmente, en los libros y cánticos en que derramó aquel su ardoroso corazón, para quien era pena incomparable morir sin amar. Es también distintivo señalado del pensamiento de Lulio el racionalismo piadoso y tal vez inocente, en virtud del cual quiere hallar comprobadas en el orden natural de las cosas las verdades cristianas más alejadas de él: cuantas vueltas se dé al pensamiento de Lulio podrán servir para mostrarle respetuoso de los límites impuestos por la ortodoxia; pero no para despojarle de este su carácter, que nosotros hacemos consistir en pensar, cuanto la ortodoxia lo permite, como piadosamente racionalista. Y por último, puede contribuir á dar fuerza determinada al pensamiento luliano, el sentido cabalístico en que fué expuesto, y las formás aún más cabalísticas, de que está revestido: escritores muy autorizados juzgan que la cábala no llegó á influir notablemente en las doctrinas de Lulio; pero cualquiera que fuese su verdadero influjo sobre la doctrina, es lo cierto que tiene no insignificante lugar en la exposición, y que por lo mismo no puede prescindirse de ello, tratándose de comparar al ilustre mallorquín con discípulos, más ó menos decididos, de la Escuela (1).

De estos cuatro distintivos de la doctrina luliana, en que, á nuestro modo de ver, ha de buscarse la comunidad de pensar de Fr. Luis con el *Doctor*

(1) Menéndez Pelayo, *Heterodoxos.....*, tom. I, página 525.

iluminado, señálase especialmente el primero, ó sea el de tender á lo uno y á lo armónico (1). Es sin duda alguna este distintivo donde han de hallarse relaciones de filiación del insigne Agustino con la escuela lulista, si es que á ella le unen relaciones de filiación; y sólo el haberle designado, muestra el claro juicio de los ilustres escritores que le aducen como prueba de pensamiento común entre Lulio y Fray Luis; pero, bien mirado, no se hallan en él mayores razones de enlace real que en los demás aducidos. Debería empezarse inquiriendo si por este lado no tiene el maestro León más señaladas relaciones con la escuela platónica; y á nuestro juicio, la solución no había de ser la más favorable al sentir de los que le hacen luliano: sin negar que Lulio diese en sus concepciones unitarias lugar señalado al elemento ontológico, por el cual haya querido ponérsele en estrechas relaciones con la escuela platónica y el panteismo moderno, habrá de notarse que el pensamiento que verdaderamente domina en ellas, es el de la unidad lógica y de clasificación. Lo que buscaba Lulio y lo por qué se afanó en su cruzada literaria, no fué el íntimo enlace de las cosas, que en la escuela panteista las hace aparecer como manifestaciones de un sér único, sino cierta conexión entre los principios de las ciencias particulares, que le permitiera aspirar á un principio común y á una ciencia universalísima. Esta tendencia hacía necesaria la primera de buscar la unidad en el orden mismo de las cosas, y Lulio la buscó y la supuso; pero secundariamente, y en cuanto conducía á su objeto principal, que era lo uno lógico. Lo contrario precisamente sucede en

(1) Así el Sr. Menéndez Pelayo.—*Ciencia españ.*, página 157.—*Heterodoxos españ.*, tom. I, pág. 519.

BIBLIOTECA CENTRAL

Fr. Luis, si es que ha de darse alguna significación á sus ideas de la unidad: el insigne Maestro pondera con tanto entusiasmo como se ha visto, la unidad de las cosas, que juzga admirablemente hermanadas en medio de sus mayores diferencias; pero difícilmennte se hallarán en sus escritos tendencias singulares hacia la unidad lógica y de clasificación, que le hagan convenir con el pensamiento de Lulio. En este concepto, los textos de Fr. Luis, que se aducen en prueba de la comunidad de su modo de pensar con el de la escuela lulista, no pueden tener el significado que se pretende.

Pero, aun prescindiendo de esta distinción entre lo uno lógico y lo uno ontológico, no dejan de tener aquí su aplicación las observaciones hechas antes, determinando las relaciones en que el concepto de la unidad ponía á Fr. Luis respecto de la escuela platónica. Si en Lulio las tendencias unitarias forman uno de los primeros distintivos de su doctrina, en Fr. Luis no pasan de conceptos que, cualquiera que sea su importancia, no la tienen suficiente para determinar la filiación del modo de pensar del insigne Agustino. Y por otra parte, ya se ha observado, nada hay en esos conceptos particulares, en que Fr. Luis expone ó pondera la idea de lo *uno*, de que debiera admirarse el escolástico más intransigente, porque sólo expresan ideas comunes entre los mismos partidarios de la Escuela ó se reducen á simple aplicación, hecha con cierta hábil novedad, de teorías y principios aristotélicos y escolásticos.

Exagérase también más de lo justo la influencia de Lulio en nuestras escuelas místicas del siglo XVI: todo el prestigio de que gozaba en el orden religioso para el Instituto franciscano no fué suficiente para desvanecer las prevenciones con que se le miró ordinariamente en la Escuela; y esto no podía menos de serle desfavorable, primero en nuestros místicos en general, que gustaron de beber en las fuentes más puras ó más acreditadas de la mística cristiana, y después en nuestros escritores ascéticos y místicos que, como salidos en su mayor parte de la Escuela, habían de participar de sus prevenciones contra la doctrina lulista. Por lo que hace á Fray Luis, el influjo de Lulio como místico, ni fué cosa extraordinaria, ni mucho menos predominó sobre el de otros insignes maestros de la vida espiritual: es bien sabido el sumo aprecio que hacía el M. León del gran ascético de su siglo, el dominicano Granada (1), y más tarde de la ilustre Doctora avilesa (2); y señala bien sus tendencias místicas aquella su afirmación de que debía sus verdaderos conocimientos en la teología escolástica á los libros del primero (3). Sin ahondar mucho en el examen de ciertas teorías ascéticas y místicas de Fr. Luis, fácilmente se verá que la verdadera fuente de ellas se halla en la escuela agustiniana. Su sentir sobre los efectos de la caída del hombre, sobre la demostración de la existencia de un primer pecado por los males actuales del mundo, sobre los planes divinos de nuestra regeneración, y, en fin, sobre la justificación humana, puntos principales de su doctrina mística, fuera de la doctrina común á las escuelas católicas, está generalmente conforme con las sabias teorías del eximio Doctor de la Gracia, el insigne Obispo de Hipona.

---

(1) Lic. Luis Muñoz, *Vida y virtudes del V. varón el P. M. Fr. Luis de Granada*, lib. III, cap. IX, pág. 460.—Madrid, MDCCLXXI.
(2) *Obras* de Fr. Luis, tom. V.
(3) Lic. Muñoz, obra y lugar citados.

BIBLIOTECA CENTRAL

Ya antes hemos indicado que Fr. Luis dió á veces muestra de un racionalismo piadoso, muy semejante al seguido por Lulio: las razones naturales con que trata de esforzar la necesidad de la *humanización* del Verbo Divino y otras verdades de fe dirían indudablemente mucho á este propósito, si por otra parte no hubiera ejemplos de ello en la Escuela, y Fr. Luis no hubiera cuidado de manifestarnos el origen y filiación de este su proceder. Los argumentos aducidos por Fr. Luis ordinariamente más tienen forma de ejemplo, á la manera de los que se aducían en la Escuela para dar alguna idea de los misterios, que de demostración que convenza á los ánimos en el orden natural, cual quería Lulio (1). Esta última apreciación, sobre todo, se halla ó en oposición abierta, ó en poca conformidad con la doctrina común de Fr. Luis sobre las relaciones entre la fe y la razón; y alguna vez habló de ella en términos que estaban algo lejos de aprobarla, pues confesó ingenuamente haber verdades religiosas superiores al alcance humano, y de las cuales apenas si podrá darse otra razón que la de habérnoslas manifestado Dios, que, además de veraz, es infinitamente poderoso (1).

(1) En esta parte dejamos la palabra al Sr. Menéndez Pelayo. Refiriéndose á los principios de Santo Tomás sobre las relaciones entre la fe y la razón, escribe el ilustre autor de la *Historia de los Heterodoxos españoles:* "¿Fué fiel á estos principios Ramón Lull? Forzoso es decir que nó, aunque tiene alguna disculpa..... No pretende Lulio—que aquí estaría la heterodoxia—explicar el misterio, que es por su naturaleza incomprensible y supraracional, ni analizar exegética é impíamente los dogmas, sino dar algunas razones, que aun en lo humano convenzan de su certeza. La tentativa es arriesgada, está á dos pasos del error, y error gravísimo, que en manos menos piadosas que las de Lulio, hubiera acabado por hacer *racional* la *teología*, es decir, por destruirla." — *Heterodoxos*, tom. I, páginas 519, 520.

Donde más se aproxima á Lulio es en la opinión citada sobre la humanización del Verbo, y aun entonces no se inspira Fr. Luis inmediatamente en Lulio, sino en uno de los doctores más celebrados de la Escuela. Cuando Fr. Luis no nos lo manifestara, fácil sería de ver que su doctrina sobre ese punto, principios, conclusiones, argumentos, aparte de la novedad con que el M. León supo presentarlos, convienen con las opiniones sostenidas por Escoto; pero Fr. Luis mismo no se desdeñó de manifestar francamente haber seguido en esta cuestión con toda fidelidad al *Doctor Sutil*, cuyo ingenio celebra con frases encomiásticas (2).

Creemos inútil insistir en buscar relaciones de enlace entre Lulio y el M. León en la exposición y formas cabalísticas del pensamiento del primero, otro de los caracteres que señalamos, como más generales, de la doctrina luliana. No sabemos, ni importa averiguar si, trasladado nuestro insigne filósofo al siglo del Beato mallorquín, hubiera cedido á las exigencias de la época ó hallado en su severo juicio un preservativo poderoso contra las ilusiones

(1) Tratando de por qué sólo á Cristo se llama HIJO, siendo así que el Espíritu Santo procede también del PADRE y se le asemeja, añade: "Y aunque muchos, como sabéis, se trabajan por dar desto razón, no sé yo agora si es razón de las que los hombres no pueden alcanzar, porque, á la verdad, es de las cosas que la fe reserva para sí sola."—*Obras*, tom. IV, pág. 20. En otros pasajes dice que la única razón que puede darse de muchas verdades de fe es ser su autor de poder infinito.—*Obras*, tom. IV, páginas 52, 53.

(2) *Colec. de docum. inéd.*, tom. X, pag. 387.— *Quæstion. variæ*, cuest. XIII.

BIBLIOTECA CENTRAL

de la cábala; pero lo que sí es cierto, y puede afirmarse resueltamente, es que por este lado no tienen parecido alguno los escritos de Fr. Luis con los de Lulio, y que en las formas y carácter externo difícilmente podría avenirse el modo de pensar de ambos filósofos. Amante de la buena elocución, difícilmente hubiera pasado nuestro sabio por sujetar sus hermosos pensamientos á ese formulismo monótono de los escritos lulistas; y no sabemos por qué, desagradándole el abuso del tecnicismo escolástico, había de complacerse con una fraseología y forma doblemente peores.

Hay una escuela con la cual apenas si se ha pensado poner en relaciones amistosas al M. León (1), sin embargo de que le unen á ella más claras é íntimas que las señaladas á propósito de otras escuelas aducidas en las páginas que anteceden. El estoicismo, modificado por la humildad y mansedumbre cristianas, y favorecido del prestigio que le dieran nombres tan ilustres y tan queridos para un alma piadosa como el de San Jerónimo y otros santos Doctores de la Iglesia, fué mirado con gran favor por nuestros filósofos del siglo XVI; y merced á la entereza de ánimo y otras condiciones personales de Fr. Luis, logró adquirirse singulares simpatías en su modo de pensar. Fr. Luis tomó de la escuela de Estoa el principio de la división de los bienes humanos en externos é internos, haciendo consistir nuestra dicha actual en la posesión de los

(1) Algo han indicado M. Rousselot y el Sr. Valera, entre otros.—*Les Mystiq. espagn.*, cap. v, pág. 252.—*Discurso de contestación* al de recepción en la Academia Española del Sr. Menéndez Pelayo. Pero no han señalado el verdadero y más importante principio que Fr. Luis tomó de la filosofía estóica, modificándole con el espíritu cristiano.

segundos; y si se atiende á la verdadera importancia de este principio, que es el primero y más fundamental de la doctrina estóica, á las muchas aplicaciones que de él hizo Fr. Luis y al carácter moral de la filosofía de nuestro sabio, muestra, cuando menos, haber recibido de aquella doctrina real y no pequeño influjo. También aprobó Fr. Luis algún otro concepto moral de la Estoa, como el de que, los malos, aunque por otra parte tengan poder y natural ingenio, por el mal uso que hacen de esas sus cualidades y el dominio que dejan adquirir á las pasiones sobre sí propios, son en realidad necios y esclavos (1). Pero semejante influjo de la doctrina estóica no predomina de tal modo que oscurezca el recibido de la doctrina de la Escuela: Fr. Luis no admitía el principio estóico, sino modificado por la doctrina cristiana; y aun alguna vez mostró su afecto á la filosofía del Liceo, esforzándose por buscar en ella antecedentes del célebre principio de la escuela de Estoa (2). Añádase que, ceñida la doctrina estóica al orden moral, no se atrajo grande oposición de nuestros partidarios del peripatetismo, de los cuales aún recibió pruebas de afecto y deferencia.

Por conclusión de este capítulo, quede sentado que ninguna de las diversas influencias filosóficas, á que hemos dicho obedecer Fr. Luis, predomina sobre la de la Escuela, y, por consiguiente, que en ésta ha de buscarse la verdadera filiación de su pensamiento, si se ha de buscar en alguna parte.

(1) *In Abdiam*, vers. 2 y 8.—*Exposic. de Job*, cap. XXI, vers. 16.—*Los Nomb.*, nombre *Pastor*.
(2) *In Ecclesiast.*, cap. VII, vers. 12. Ms. de San Felipe.

BIBLIOTECA CENTRAL